

MARIDO PERFECTO, AMANTE COJO

Natalia, ante el ataúd abierto de su marido, con cara de santo por imperativos de los encargados de pompas fúnebres, no consigue reprimir lo que siente:

—Desgraciado.

Por el rabillo del ojo echa una mirada a los asistentes al entierro, temerosa de que hayan oído el insulto. No hay peligro. Sus amigos y allegados están lejos del altar. De espaldas a ellos, se regodea ante su esposo inmóvil y mudo. Veinticinco kilos más delgado que hace tres meses. No a causa de una dieta ni debido a una enfermedad. Puro y deliberado sufrimiento.

El párroco sale de la sacristía, ornamentado para presidir el último adiós. Natalia se inclina sobre el difunto simulando besarle. “Espero que te entierren bien hondo, escoria”, le desea mientras se frota los ojos con líquido irritante. Vuelve a su asiento con las mejillas empapadas. Maria, su mejor amiga, la abraza.

—Se fuerte.

Natalia se tambalea. La sacan para que le dé el aire. Cuando se recupera, la ceremonia concluye. “No he tenido que aguantarte”, ríe para sus adentros al paso del ataúd hacia el coche mortuorio.

Dos horas después, Maria consuela a Natalia en su casa y se ofrece a pasar la noche con ella.

—No; tú tienes a tu marido y tu hijo. Estaré bien.

Se produce un largo silencio. Natalia recorre el cuarto de estar con la mirada.

—Tendré que vivir sola de ahora en adelante. Debo aprender lo antes posible.

A las diez pasadas, Natalia se ha desprendido de sus negras ropas de luto y se ha puesto ropa interior sexy y blanca. Navega por Internet. Jamaica, el Caribe, Grecia, Cuba. Cuba es perfecta. Se liga de maravilla y nadie te conoce. Una botella de Johnnie Walker medio vacía y un vaso medio lleno permanecen junto al ordenador. Natalia canturrea un bolero y acaricia con el ratón a un atlético joven cubano que danza en la playa soleada.

—Qué abdominales, menudo cuerpo bronceado. Eso es un macho y no tú, apestoso cerdo —insulta a la fotografía de su marido—. Sí, estaré con vosotros en una semana, macizos, cuando todo el papeleo termine de una vez—. Frunce el ceño y toma otro trago. Largo.

Contempla la fotografía, marido y mujer sonriendo: ellos.

— ¡Es para vomitar!

La foto cae al suelo, derribada por un manotazo. Natalia se levanta y con el vaso de whisky en la mano se dirige a un espejo. “No estoy tan mal para mis cuarenta y pocos”, ríe. “Vale, vale, para mis casi cincuenta”. Nadie la oye; es ridículo mentirse a uno mismo. Pero es cierto, aún es una mujer deseable, su provocativa braguita revela unas piernas largas todavía firmes, un vientre liso, unos pechos que no precisan sujetador.

— Brindo por ti, bella. —Vacía el vaso, lo deja sobre el armario ropero y abre sus puertas. Los trajes de Guillermo le traen recuerdos desagradables.

—Largaros de aquí, aborrecibles despojos. —Natalia los arroja contra la pared, junto con perchas, cubiertas de plástico y bolas de naftalina. Se siente aliviada al patearlos, liberando una cólera largo tiempo contenida. Con cada patada intenta borrar del recuerdo las veces que Guillermo quiso hacerle el amor. El asqueroso gordinflón, sudoroso y repleto de michelines que se retorcían como pitones viscosas en una ciénaga mugrienta.

¡Qué diferente del hombre que había desposado veinte años atrás! El Guillermo atlético, atractivo y considerado, que pasaba horas con ella, paseando y charlando. Cómo cambió al ser promovido a Vicepresidente del Departamento de Ventas. Se volvió ambicioso, dedicaba doce horas diarias a la Compañía, se estresó y comenzó a comer convulsivamente. El pan y los embutidos desaparecían de la mesa en segundos; después las patatas con salsa, el arroz, las judías; dos o tres platos colmados; seguían dos solomillos enormes; tres o cuatro postres rebosantes de crema, merengue, nata o caramelo. Tragaba como un ogro. Natalia tenía que mirar a otra parte cuando la salsa se deslizaba por su barbilla y cerraba los ojos cuando él se abalanzaba sobre su plato tras engullir el suyo, sin pedirle permiso ni excusarse. En dos años, él engordó veinticinco kilos y a ella le nacieron dos arrugas.

—No tenías bastante con devorar, sátiro vicioso. Además querías sexo. —A Natalia le sobreviene un gesto de repugnancia al recordar cómo Guillermo entraba en casa y la arrastraba a la cama, sin mediar palabra.

Natalia agarra uno de los trajes masculinos y lo reduce a jirones. Luego, inspira profundamente y deja que el aire salga con lentitud. Cavila que va a necesitar ropas limpias para el día siguiente, con el jaleo del entierro no ha tenido tiempo de hacer la colada. Se encamina al cesto de ropa sucia, en el cuarto de los electrodomésticos de limpieza, próximo a la cocina. Coloca el contenido en la lavadora y aprieta el botón de encendido. Un sonido mecánico desgarró el silencio de la noche.

Maria se sobresalta. Habita la casa contigua de la urbanización y ha oído el zumbido. Hunde el codo en el estómago de su marido. Jaime refunfuña y abre un ojo.

—Escucha, Natalia jamás pone la lavadora a esta hora. No sabe lo que hace. Debe de estar abrumada.

Maria toma el silencio de su marido como signo aprobatorio, sin enterarse de que ha vuelto a dormirse.

—Guillermo llegaba cada tarde a las cinco con flores o regalos, la ayudaba en el jardín o la conducía a la ciudad para cenar o ir de compras. Tuvieron algunos problemas en el pasado, como todas las parejas, pero últimamente parecían dos tortolitos. —Suspira, deseando que al hombre que tiene a su lado se le contagiase algo del romanticismo vecino.

De repente se siente avergonzada. Recuerda lo mucho que Natalia se esforzó para llevar a cabo la metamorfosis de su marido.

—Guillermo no habría perdido todo ese peso sin su ayuda. Natalia corría a su lado, mantenía la misma dieta, dejó de beber, se...

Maria recibe un ronquido como respuesta.

—¡Eres tan insensible!

Maria piensa que no es una mala esposa, después de todo. Por mucho que lo intentase nunca conseguiría cambiar a aquel patán.

—Guillermo, un hombre de ciento treinta quilos, corría diez kilómetros diarios porque ella se lo pidió. ¡Por amor!

Natalia tropieza en las pantuflas de Guillermo, abandonadas en el cuarto de la limpieza al sobrevenir el infarto. Las desgastadas zapatillas terminan sus días en el cubo de la basura.

—¡Al hoyo, repugnante bazofia. Igual que tú, maldito Guillermo! —chasquea la lengua; tiene la boca seca—. ¡Nueve meses sin probar una gota!

Corre a la salita de estar y bebe directamente de la botella.

—¡Ah, valía la pena!

Abre un cajón de la cómoda y extrae un pequeño artilugio eléctrico.

—Tú cambiaste mi vida, muchacho. —Presiona un botón y los bornes del extremo producen un chisporroteo.

Natalia recuerda la primera vez que tocó el brazo de Guillermo con su pistola eléctrica. Una descarga de doscientos mil voltios lo arrojó contra la pared cuando iba a arrastrarla hacia la cama como solía hacer. “Nunca más, cerdo. Nunca más a menos que yo lo permita. ¿Entiendes?”. El marido asintió con la cabeza. Ella le explicó las reglas, sus reglas. Si quería hacer el amor tenía que ser amable con ella, escucharla, correr, adelgazar, reducir su ingestión de alimentos a mil calorías por día. O eso o la castidad. Derrumbado en el suelo, con el brazo aún paralizado, asintió. Por supuesto que podía robarle el arma en un descuido, pero ella compraría otra más potente. Y seguro que escogería otra diana. Instintivamente, se llevó el brazo sano a la entrepierna.

Natalia no había actuado de modo impulsivo. Había estado madurando su plan durante meses. Podría haberle acusado de abusos sexuales y haberse divorciado, pero entonces sólo tendría la mitad de la casa, la mitad del dinero, la mitad de los bienes. No era suficiente. La riqueza era el único beneficio que la dedicación al trabajo y la ansiedad de Guillermo habían traído. Ella se merecía todo. Si lo demandaba, podría ir a la cárcel y los reclusos no ganan dinero para pagar pensiones alimenticias. Por eso compró el arma eléctrica y estableció sus reglas. Hecho esto, inició la segunda parte del plan.

—Hoy no has corrido bastante. No hay sexo esta noche.

—He corrido diez kilómetros.

—Tres más. No, cuatro mejor.

Obedeció. Había comido un poco de lechuga y un pescadito a la plancha y cenado un yogur desnatado. Tras la carrera, llegó tan cansado que no tuvo fuerzas para hacer el amor.

Natalia sólo le permitía el intercambio sexual de tanto en cuando, dos o tres veces al mes. “Todavía estás hecho una foca”, le reprochaba. Él se esforzaba, reducía las calorías, pasaba horas y horas en las zapaterías esperando que Natalia decidiera si los verdes le sentaban mejor que los rojos, si los de tacón eran más apropiados que los planos. Guillermo apenas se sostenía en pie.

—He perdido doce kilos. ¡Merezco algo! —imploraba de rodillas.

—Sí, pero no has ganado mucho dinero este mes. Tienes que despedir a esos viejos carrozas que son un estorbo.

No era ningún santo, pero tampoco un tratante de esclavos. Había trabajado duro toda su vida, había ayudado a sus empleados y estos lo respetaban. Si despedía a los once empleados mayores de cincuenta, el resto del personal no volvería a mirarle a la cara. Su ansiedad crecía. Sin comida y sin sexo, era cuestión de tiempo que Guillermo explotase. Podía pagar el sexo, pero no le gustaban las prostitutas y a esas alturas se dio cuenta de que amaba apasionadamente a su mujer. Aquellos momentos que pasaba junto a ella le recordaron sus primeras citas. Pero surgió algo nuevo, un débil, confuso y vergonzoso sentimiento que enseguida se fortaleció, se volvió transparente y aceptado con orgullo: Guillermo, el eterno dominador, era ahora dominado. El descubrimiento de esta escondida y masoquista faceta lo fascinó de tal modo que se volvió adicto y terminó totalmente enganchado a las crueldades de su mujer.

Natalia camina hacia el cuarto de limpieza activando la pistola. Le fascina su poderoso chispazo. Deja el arma sobre la lavadora y saca su ropa recién lavada para introducirla en la secadora, sostenida por dos tablas alargadas colocadas sobre la lavadora a la altura de los ojos. Por la manga de un jersey asoma un calcetín. Un solitario calcetín que perteneció a Guillermo.

—Tú otra vez, apestoso calcetín.

Natalia lo carboniza con su arma eléctrica. Odiaba los calcetines de Guillermo. Siempre que ordenaba la ropa después del secado encontraba un único calcetín. Su

gemelo desaparecía. Aquellas prendas se comportaban como niños traviosos jugando al escondite con ella.

—El que falta tiene que estar dentro —le dijo un día Guillermo señalando la secadora—. ¿No te das cuenta que el filtro está muy sucio? Ese trasto no se limpia desde hace años.

Natalia podía a duras penas soportar sus sabias deducciones, pero lo que no podía aguantar eran las bromas que se le ocurrían acerca de su calcetín solitario. Una broma que compartía con sus vecinos.

Maria no puede dormir y el zumbido de la secadora unido a los ronquidos de su marido le traen a la mente la amabilidad de su difunto vecino. Recuerda una de sus gracias. Guillermo le contaba que su mujer le era infiel. “En la secadora sólo aparece un calcetín. Natalia me engaña con un cojo y le lava su único calcetín”.

“Qué sentido del humor”, piensa Maria. “Bueno, puede que de alguna forma hablará en serio. En toda broma existe un poso de verdad. Natalia jamás le dio motivo para sospechar que tuviese un amante, pero él la adoraba tanto que se sentía celoso de su propia sombra”.

—¿Un amante? Me hubiera gustado tener uno, pero era demasiado arriesgado. Podría haber perdido todo si me hubieran descubierto con él —le confía Natalia a la redondeada puerta de la secadora en la que el rostro de Guillermo se reflejó la última vez que hicieron el amor.

Fue parte de su plan. Dos días antes, Guillermo estaba exhausto por la falta de alimento, ansioso por su falta de compasión y depresivo por la falta de amor.

—Bien, has sido un buen marido y mereces una recompensa. Te deseo, quiero que me hagas el amor toda la noche.

Con la sensación de que le había tocado el premio gordo, Guillermo se acercó a ella, pero las piernas le flaqueaban.

—Será mejor que comas antes.

Natalia dispuso platos apetecibles: grandes solomillos cubiertos de salsas, estofados, quesos. Guillermo se hartó durante una hora. Al concluir, ella se desnudó con sensuales contorsiones.

—Y ahora el postre —dijo con voz tentadora.

Guillermo abrazó a Natalia.

—Esnifa esto y no podrás parar —le ofreció una raya de cocaína.

Hicieron el amor en la sala de estar, en el dormitorio, en el baño. Al probar en el cuarto de la limpieza Natalia vio la cara de Guillermo reflejada en la puerta de cristal de la secadora: sus ojos bizqueaban, sus mejillas se tornaban azuladas, su boca se abría y cerraba como la de un pez fuera del agua. Se tambaleó. La puerta de cristal, distorsionada por la luz incipiente del alba, parecía absorber a Guillermo cuando se derrumbó. Muerto. Un infarto. Natalia se apresuró a llamar a la Policía. Nadie la acusaría. Estaba satisfaciendo a su marido. Era una mujer ejemplar.

Natalia presiona el botón de arranque de la secadora. El zumbido llega a oídos de Maria.

—Loca, se ha vuelto loca. No sé si Natalia podrá vivir sin él —suspira—. De lo que estoy segura es de que él no podría vivir sin ella. Moriría enseguida.

Natalia está a punto de tomar otro trago cuando el tambor de la secadora produce un ruido extraño. Algo lo está frenando.

—¿Qué estás diciendo? —Natalia ríe, colocando su oreja en la puerta de cristal—. Parece que intentas contarme la vieja historia que me repetías cuando te acercabas a mi con los ojos inflamados de deseo: “No puedo vivir sin ti. Sería incapaz de sobrevivir un día sin ti. Te lo prometo, moriré el mismo día que tú mueras y nuestras almas se convertirán en una sola por toda la eternidad”. ¡Patético! Ahora tú estás muerto y es casi medianoche. No podrás cumplir tu promesa. Tendrás que vivir en el infierno sin mí.

De repente, la secadora se detiene. Natalia la golpea. El aparato se niega a funcionar. Natalia abre una pequeña puerta en la base que a menudo se llena de pelusa dejada por la ropa. Sopla. Es inútil. Introduce su mano en el tubo, encuentra un obstáculo e intenta extraerlo.

—Un calcetín. Otro maldito calcetín.

No consigue sacarlo. Aplica la pistola eléctrica sobre la secadora, que se agita y funciona a gran velocidad. Una ristra de calcetines sorprendentemente anudados emerge del tubo y se aferra a lo primero que encuentra: el cuello de Natalia. El

tambor para un segundo. Ella consigue atenazar la malla opresora. Presiona para abrir la boca y articular un grito de socorro que llegue a oídos de su vecina. Los labios tiemblan. Las manos sangran. A punto está de lograrlo. Se produce un reflejo en el cristal. El tambor comienza a girar en sentido opuesto, veloz y vengador. Las manos se aflojan, la boca se cierra para siempre.

La última cosa que Natalia ve, con su cerebro empapado en alcohol y privado de oxígeno, es la beatífica cara de Guillermo, sonriendo feliz.

En el reloj de la cocina comienzan a sonar las doce.